

—Pero—dijo el joven como distraído,—¿producirá la misma impresión en el alcalde?

El secretario lo miró; después dijo con seriedad:

—No crea usted lo que le digan; ¿estamos? Las gentes hablan por hablar. El alcalde puede parecer... pero es hombre que sabe estar siempre en su puesto, incapaz de abusar. A propósito; no hable usted de estas cosas con nadie, se lo recomiendo á usted por Dios. Usted conoce mi situación. ¡Dios nos libre! He hecho mal en decirle...

Emilio manifestó que le ofendían aquellas desconfianzas.

—¡Oh! no, no quiero decir—se apresuró á replicar su vecino.—Sé con quien hablo. No se ría usted. Pero le recomiendo por Dios... Y... (agregó más quedo) ya que le he dicho media confidencia, voy á decirse la entera, para demostrarle la gran estimación que me merece.

Ya está nombrada la primera.

—¿Cómo se llama?—preguntó Emilio.

—Un nombre muy bonito: ¡Faustina Galli!—respondió el secretario; y escanciando las últimas gotas en los vasos, dijo con inusitada expansión y sin pensar las palabras:—Bebamos á la salud de esa señorita y porque Dios se la depare buena.

—¡Ah, ah! ¿Corre, pues, algún riesgo?—exclamó Emilio.

El secretario advirtió de pronto su imprudencia, y levantándose de la mesa algo avergonzado, y hasta despechado por primera vez, gritó:

—¡Eh! ¡Qué demonio de hombre éste! ¡Todas las palabras tienen para él mala interpretación!

Pero la palabra imprudente que comprometía á la autoridad había ya salido, y al secretario no le quedaba más recurso que recomendar otra vez al maestro que no hablase de aquello á nadie, después de lo cual se fué á dormir, desasosegado y lleno de remordimientos.

UN INSPECTOR AMENO

Emilio Ratti tuvo, por consiguiente, que esperar, además de las decisiones sobre el destino de la señora Falbrizio, la llegada de la señorita Galli, y estas dos expectativas variaron un poco el horizonte monótono de lo porvenir. La primavera alpina fué precoz. Hacia últimos de Abril comenzaron á fundirse las nieves, y las fuentes y los arroyuelos á murmurar por todas partes, y principiaron después los prados á cubrirse de margaritas, y los ganados á llenar el valle con el alegre són de sus esquilas, dominado por las prolongadas notas del cuerno del pastor. Con la huida del invierno, á despecho de la ley «sacrosanta», comenzaron á escaparse los escolares. El término medio de los asistentes á clase bajó, desde cincuenta, á treinta y cinco, de los setenta y cuatro que eran los obligados, y proseguía bajando. El alcalde hizo, eso sí, pagar algunas multas de cincuenta céntimos, amenazando con repetirla; pero los padres mismos declararon que aceptaban la multa y que pagarían las otras antes que privarse de los muchachos, de quienes habían menester para la labor, y cuando llegó el caso de imponer multas de tres y de seis pesetas á ciertas gentes que vivían con esa cantidad una semana, ni el alcalde tuvo valor para hacerlo. Al maestro, que le habló del asunto, le dijo:

—Veremos... se hará. Pero ya nos daremos por contentos si en el mes de Mayo no tenemos que cerrar la escuela. Además, la ley es nueva. No conviene asustar

á las gentes desde el principio. Apretaremos el freno poco á poco. Con esto Emilio se resignó, y el día de la llegada del inspector sólo pudo presentarle veinticuatro alumnos de los setenta y cuatro; como las avanzadas de una compañía de soldados después de una marcha desastrosa.

El inspector no era el que se esperaba de Turín, que se había indispuerto de repente, sino uno de otro distrito, á quien el provisor había encargado de terminar á la ligera la visita hecha á medias por el otro. Llegó á pie, acompañado por dos maestros del valle, que le llevaban, uno, la maleta, y otro, el gabán de abrigo, y por los cuales se supo inmediatamente que el inspector los había hecho que le convidaran á beber en las «Casas rojas». No bien estuvo en la posada, los maestros le dejaron, y fué á saludarlo el alcalde en compañía del delegado. Visitó primeramente la escuela de la señora Pezza y la del señor Calvi, y después la de Emilio. Era una figura extraña y agradable. Tenía ese aspecto de oso polar que prestan al hombre los cabellos blancos erizados y los ojos sanguíneos; pero era un oso que reía cordialmente, enseñando negros residuos de una dentadura de masticador de tabaco. Envuelto en un sobretodo muy corto, con un sombrerillo que se le tenía difícilmente en la cabeza y una cartera grande de hule debajo del brazo, podía pasar por un vendedor ambulante de estampas.

La visita á la clase de Emilio fué rápida y alegre. Se curó, muy principalmente, del aspecto de los alumnos. Enfrente del primero á quien se preguntó, dijo:

—¡Oh, qué hermosas facciones!

Y en seguida:

—Pregunte usted algo á ese tunantuelo de allá, con ese par de faroles en la cabeza; ese debe de tener talento. Y este otro, eh, ¿de dónde ha tomado usted esos colores de leche y rosa? ¿Diga usted? Este debe de encaramarse en los árboles como una mona; miren ustedes qué zarpas. Es curioso, dijo después, que no hay una sola nariz aguilena en toda la clase. Sería cosa de estudiar esto.

Pero en las contadas preguntas que hizo y en las observaciones que le sugerían las respuestas, demos-

tró agudeza y sentido común. Quedó satisfecho. Distribuyó mucho «bien» entre el maestro, el alcalde, el delegado, los alumnos, y aún muchos «bienes» sin determinado destino, y que lanzaba acá y acullá, andando continuamente por la escuela como si tuviese azogue. Por último, dirigió un discursito á los escolares, demostrando la necesidad del estudio con un argumento nuevo, expuesto de una manera que llamó la atención del maestro.

—.....«Procurad después no olvidar lo aprendido, porque si lo olvidáis, ¿qué os sucederá cuando seáis grandes y vayáis á ser soldados? Que tendréis que comenzar otra vez el silabario en una edad en que es mucho más difícil aprender, y correréis el riesgo de que el tiempo de licenciarnos llegue cuando sepáis leer á medias. Ya sabéis lo que dispone la ley ahora: el que sabe leer y escribir, obtiene su licencia; el que no sabe, continúa sirviendo hasta que aprenda; así, á vosotros os tocaría el ver marcharse á vuestros compañeros contentos y libres, y quedar allí prisioneros, sudando todo el día la gota gorda bajo la férula del cabo, y oiros llamar á cada momento alcornoques y burros.»

El argumento impresionó, al parecer, á los alumnos; pero á Emilio le ocurrió que no debía de infundir en ellos gran deseo de vestir el «honroso uniforme».

Al salir, el inspector invitó al joven para que le acompañase á las otras visitas, diciendo que necesitaría hacerle tomar alguna apuntación, y que, por aquel día, diese vacaciones.

Cuando estuvieron en la calle, uniéndose á ellos el superintendente, á quien el delegado no saludó. Encontraron después al secretario, y el inspector quiso que también él les acompañase. Este inspector quería llevar consigo cuanta gente podía, no por darse importancia, sino para alegrar el acto, para dar á la visita de inspección el aspecto de una correría de amigos. Y á cada momento exclamaba, mirando á todas partes:

—¡Oh, qué hermosos montes! ¡Qué sitios tan deliciosos!

Y elogiaba el aspecto de los habitantes, la pureza del aire, la salubridad de las aguas.

Todos juntos se dirigieron, atravesando el pueblo, á la escuela de la señora Falbrizio; el famoso pleito estaba próximo á su terminación.

Entraron uno en pos de otro, silenciosamente, como patrulla de polizontes en casa sospechosa. Primeramente el inspector levantó los ojos al techo, que casi podía tocarse con la mano. Después miró á las paredes ennegrecidas de humo.

El alcalde dijo inmediatamente:

—Ya he dado la orden de enjalbegar.

El inspector señaló un cristal que faltaba.

—Será puesto—se apresuró á decir el alcalde.

Y como advirtiese que el inspector tocaba con el pie una baldosa movida del piso, siguió diciendo:

—No comprendo; ayer debieron venir á componerlo.

De treinta matriculadas, no había en la escuela más que siete niñas, colocadas todas en los dos primeros bancos. El inspector pidió cuenta de las que faltaban. Preguntó después á la maestra si había estado enferma. Lo había estado, efectivamente, una semana; no había podido dejar el lecho hasta el día anterior, y por esto el señor inspector debería ser indulgente si hallaba á las niñas algo atrasadas. Mientras la señora Falbrizio decía eso, el alcalde miraba á las musarañas.

En aquel momento llegaron dos concejales, á quienes el alcalde había mandado llamar para hacer más solemne el juicio; uno de ellos era el licorista asesor, que se vanagloriaba de parecerse á Víctor Manuel. Toda la comitiva, para no producir confusión, se formó frente á los bancos. Eran ocho hombrones que contaban entre todos cuatrocientos años, delante de siete niñas de un metro de estatura; con ellas formaban aquéllos un cuadro que habría podido intitularse: «La infancia oprimida por la instrucción pública». Solamente una niña, la más pequeña de todas, una linda muñeca de pelos rojos, miraba fijamente á todos aquellos personajes con una carita burlona que daba gusto. Las demás temblaban.

El inspector dirigió algunas preguntas á la maestra.

que le respondió en italiano con cautela, articulando las palabras con lentitud y mirando al alcalde á cada frase, porque comprendía perfectamente que hasta su italiano sería puesto en la balanza.

Después el inspector principió á hacer que leyese el silabario. Tan convencidas estaban, sobre todo las mayorcitas, de que era aquella una prueba peligrosa para su maestra, que el miedo oscurecía su vista y entorpecía su lengua, y en sus manitas temblaban los silabarios. A cada tres palabras decían un desatino, y á cada desatino el alcalde y los concejales cambiaban entre sí una mirada de satisfacción.

La tercera niña se detuvo en medio de su lectura, y rompió á llorar.

La maestra hizo un movimiento de desesperación.

—Atrasados estamos—dijo el alcalde.

—No podemos juzgar bien—respondió el inspector en tono conciliador.—Es evidente que nos hallamos en presencia de un caso de terror pánico que turba las facultades de las niñas. Es preciso ver...

Y procuró animar á la muchacha.

—Vamos, rubita, un poco de valor. ¡Eh, qué demonio! Un inspector no es el coco. Yo quiero mucho á las niñas. ¿De qué tienes miedo? Vamos, vamos, se trata de honrar á la maestra.

La muchacha se rehizo un poco, y terminó balbuceando. Las demás, bien que mal, leyeron.

—No están tan mal—dijo el inspector,—no están tan mal. No se pueden exigir milagros. La maestra ha estado mala, ¿no es cierto?

Ella hizo señal afirmativa.

—Hemos tenido un invierno de muchas nieves—prosiguió el inspector;—habrá habido algunos días de interrupción por las nevadas.

—Once—dijo la maestra.

—Entonces... entonces...—exclamó el inspector, yendo de acá para allá, desde la comitiva formada hasta los primeros bancos;—son cosas todas que es necesario tener en cuenta.

Después de esto, examinó los cuadernos y sacudió la cabeza en señal de aprobación. Después dijo alegremente:

—¡Oh! Y ahora, ¿qué tenemos que hacer?

El superintendente, sacando su barbilla de la paxa, refunfuñó:

—¿Recitar algo de memoria?

—¡Oh! Eso no. Es cosa de papagayos—contestó el inspector;—no soy aficionado á eso.

El delegado sonrió bajo sus bigotazos y acarició con una mano su erizada barba.

El superintendente dijo:

—¿Un poquito de geografía?

—No hay geografía en la primera inferior—replicó el delegado, dirigiéndole una mirada de reojo que significaba claramente: «¡Chúpate esa y vuelve por otra!»

El inspector hizo que sacasen una cuentecilla de sumar en la pizarra, y dos de las mayores lo hicieron.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo él entonces.—Es bastante hacer... Esta rubilla es un capullo de rosa. Me parece que no nos queda nada por ver.

El alcalde bramaba.

—Sin embargo—dijo, no pudiendo contenerse;—parece que alguna otra pregunta...

—¿Pero qué preguntas quiere usted hacer?—respondió el delegado, impaciente por marcharse; ¿no ve usted que estas niñas tienen un temblor que no pueden estar en pie? Vamos á enviarlas á sus casas con celeridad, de fijo.

—Yo también diré—agregó el inspector acariciando la barba de la chiquilla más pequeña,—que se ha hecho lo bastante. Y usted, señorita, que tiene trazas de reirse de todo el mundo, ¿qué nos dice usted, eh, con esos ojillos impertinentes?

Sentóse á la mesita, sacó de su cartera un interrogatorio, y dirigió á la maestra las preguntas de costumbre.

Cuando le preguntó: «¿Qué sueldo?» ella se dió el gusto de tener un momento en ascuas á la autoridad, fingiendo que iba á denunciar la tacañería que hacían de quitarle el pico.

—La retribución—contestó,—sería...—y miró al alcalde, que se mordió los labios. Entonces dijo de pronto: «es de trescientas sesenta y seis pesetas, treinta y

dos céntimos.» Pero lanzó á su enemigo otra mirada, que significaba: «te perdono», y que lo mortificó.

—¿Quejas?—preguntó el inspector.

La maestra sonrió con ironía ligeramente, sonrisa que llegó á su destino, y contestó después de una pausa:

—Ninguna queja.

Terminó el inspector de tomar sus notas, dirigió á las niñas dos palabras, encargó á la maestra que se cuidase, y salió, dando dos saltos como un colegial. Le siguieron todos. El alcalde y los concejales estaban de ira; pero lo disimularon bien, dirigiendo al inspector por el camino, como suelen hacerlo las autoridades de los pueblos, muchas preguntas para esclarecer casos dudosos de administración escolar; á todas respondió él con perfecto conocimiento de la materia y con prontitud, pero de pasada, como si aquellos discursos, al distraerle de su admiración hacia el pueblo, lo molestasen. Cuando estuvieron delante de la posada, el alcalde y las otras autoridades convinieron en reunirse á las dos para visitar juntos la escuela de las «Casas rojas», después de lo cual se alejaron; y habiendo llegado en este momento el señor Calvi, el inspector le convidó, así como á Emilio Ratti, para que le hiciesen compañía comiendo con él, á fin de cambiar cuatro palabras hasta que llegase la hora convenida. Ambos aceptaron, y los tres se sentaron á la mesa. El inspector charló por los codos y estuvo amabilísimo; hizo reír á sus comensales, al posadero y á la criada, con una profusión maravillosa de chascarrillos, sin hablar nunca de cosas de escuela; y tan largo y tan tendido habló, que los dos maestros intentaron lograr que se moviese haciendo ademán de pagar la cuenta. Pero con gran sorpresa de uno y de otro, y con no menos amargura de ambos, el inspector les dejó pagar, limitándose á decir un «pero permítanme ustedes» y un «no lo consiento» tan débiles, que no les dejaron volver al bolsillo el portamonedas. Bajando después por la escalera, despierto y listo, les detuvo por los brazos y les dijo á los dos, en voz baja, y guiñando un ojo después del otro:

—«Entrambos» tendrán ustedes una buena ayuda de costas, si se fian de mí.

En la plazoleta estaban esperando el superintendente y el alcalde; éste más encendido que de ordinario, como si hubiese bebido para consolarse del fracaso. El delegado no compareció, con motivo de la gota; el maestro Calvi se despidió porque su mujer estaba en cama, y el inspector se adhirió á Emilio para charlar por el camino. Dos á dos, bajo un sol tibio, encamináronse á las «Casas rojas»; á mitad del camino se les agregó el secretario.

La clase de la señorita Vetti estaba en una casita blanca, distante de la aldea unos doscientos metros, en medio de los prados; casa que un señor del valle, al morir, había legado al Municipio, el cual la había convertido en escuela, haciendo muy poco más que poner en ella una campana y una soga. La clase ocupaba el piso bajo; encima había un cuartito para la maestra y un cuchitril para una pobre vieja á quien el Ayuntamiento pagaba diez pesetas anuales por tocar la campana. Cuando llegó la comitiva, había, atadas á los hierros de la ventana, dos vacas, mirando hacia dentro, donde estaba su guardiana, alumna de la escuela.

Manifestóse el inspector agradablemente maravillado cuando vió venir hacia él la carita pintada y estudiadamente tímida de la maestra. Llevaba un vestido negro muy ajustado, que hacía resaltar más la blancura de sus mejillas empolvadas, y al cuello una cinta encarnada, que le sentaba admirablemente.

El inspector fué á sentarse á la mesita de la joven, que permaneció á su lado, de pie, cerca de Emilio y del secretario. El alcalde y el superintendente se sentaron al otro lado, en sendas sillas de paja.

La habitación era espaciosa y blanca. Por encima de la mesita salía de la pared una especie de ménsula adornada con una cubierta de algodón blanco y en la cual descansaba una Virgencita de yeso, envuelta en un velo de tul y coronada por un arco de flores artificiales. Debajo de aquel altarcito había un ramo de oliva pendiente de un clavo. Todo lo embellecía un sol de primavera.

Era una escuela de las llamadas «mixtas», y merecía este nombre, porque no podía imaginarse escuela más mixta que aquella. En un lado estaban los varones, las hembras en otro; entre todos serían unos veinte; y aunque no debían admitirse alumnos de más de doce años, habíalos grandes y pequeños; entre ellos un zagalón de más de catorce años, casi completamente desarrollado, y tres ó cuatro aldeanillas casaderas, las cuales, al entrar el inspector, buscaron, con los pies desnudos, los zuecos que habían dejado en el travesaño interior del banco. A ojos cerrados habría sido comprendido que era aquella una escuela rural, y no solamente por los olores de hierba que de fuera venían.

—Veamos—dijo con viveza el inspector, frotándose las manos;—hagamos algo. A gusto de usted, señorita, sólo para empezar.

La maestra mandó que diesen la nomenclatura mímica del cuerpo. Todos los alumnos debían nombrar, con arreglo á un orden establecido, las diversas partes del cuerpo, señalándolas con ambas manos y pronunciando todos juntos la palabra.

Hízose así. El inspector no pudo contener una sonrisa. Era efectivamente cosa cómica el ver aquellas muchachonas, de pechos ya abultados, cantar muy serias aquella nomenclatura, con tono de «miserere», torciéndose sucesivamente la frente, la nariz, la boca, las caderas, como chiquillas de un Asilo. Leyeron luego, unos en pos de otros, á su manera, produciendo todo género de entonaciones infantiles, pero conservando siempre la misma pronunciación y la misma cadencia uniforme, como si fuera una sola persona la que leyese, cambiando la voz.

—¡Ya!—dijo el inspector rascándose la barba.—¡Escuela mixta!... Es la escuela más dificultosa. Usted lo sabrá, señorita.

La señorita sacudió la cabeza y refirió sus fatigas, haciendo con la cara y con el cuello toda clase de halagos de tórtola...

—¡Si es difícil! Lo más difícil es tener todas las clases ocupadas al mismo tiempo, y poner al corriente á los que han faltado muchos días seguidos, para lo

cual es necesario retroceder en la enseñanza. Vea usted, por ejemplo: hoy tengo veinte entre alumnos y alumnas; mañana habrá la mitad, pasado mañana el doble, y quizás todas caras nuevas de un día para otro. El problema serio es el de combinar las horas de clase con las de apacentar los ganados. Después de la pastura los chicos están fatigados y no vienen á la escuela. Además, unos tienen libros, otros no los tienen. Mire usted: ni los niños, ni las niñas del primer banco, tienen plumas ni papel.

Los muchachos juegan las plumas en la calle, y las niñas venden el papel. Necesito hacer que casi todos trabajen aquí, porque en sus casas no tienen tintero y les falta tiempo. Por último: aquí hay jovencillas de quince años y niñas de siete, y es preciso enseñar de dos modos completamente distintos, aún á aquellos que se hallan á la misma altura en instrucción. Hay para volverse loca.

Seguía perorando la maestra con su voz flautada, y mantenía atentos al inspector y al alcalde, que la miraban con la boca abierta y con los ojos relucientes, como mecidos por aquella música, y no apartaban la mirada del lindo rostro de la maestra, sino para seguir los contornos de su delicioso talle.

—Bien—dijo repentinamente el inspector, dando una manotada en la mesita como para romper el encanto;— vamos á dirigir algunas preguntas.

La maestra dirigió, en efecto, á varios, preguntas de nomenclatura sobre algunas partes y muebles de la escuela, que los alumnos señalaban uno por uno con los ojos muy abiertos, como para coger el nombre del objeto.

De pronto la interrumpió el inspector, y señalando con el dedo al zagalón, casi hombre hecho y derecho: —Pregunte usted algo á ese de allá—dijo en són de broma;—aquél de allá tiene aire de saber mucho.

—Pedro Generi—dijo la maestrilla llamándolo y lanzándole una mirada rápida, después de lo cual se puso á mirar de pronto á otra parte.

El muchachón se levantó, y aunque tenía rostro atezado de ladronzuelo de caminos, se puso encendido como una amapola hasta lo blanco de los ojos.

Esto pareció muy extraño á Emilio, y al inspector también; ambos notaron en la maestra cierto disgusto, que ella procuraba disimular sonriendo. También se sonreía el secretario, mirando fijamente al suelo.

El inspector no oyó ni las preguntas ni las contestaciones, cuidándose únicamente de observar, ya á la maestra, ya al muchacho; y cuando éste se sentó, quedóse el inspector un poco pensativo, y se rascó la barba. Después se dirigió á la joven, con los ojos más relucientes que antes, y tomó la pluma para formular las preguntas usuales. El alcalde y el superintendente se levantaron, adelantándose para ver y oír.

—¿Edad de la maestra?—preguntó el inspector con galantería.—A usted puede preguntársele esto en voz alta.

La maestra contestó con acento suavísimo:

—Veintitrés.

—¡Veintitrés!—repitió el inspector lentamente, como para saborear el vocablo; y dirigiendo á la maestra una mirada de felicitación, escribió la cifra.

Preguntó los años de servicio, la retribución, si había recibido gratificaciones, y después:

—¿Está usted propuesta para ellas?

—No lo sé—contestó.

—¿Quejas?

—Ninguna tengo que dar—dijo.

Faltaba todavía una pregunta. El inspector adoptó una expresión voluptuosa y preguntó con tono insinuante y apagando la voz:

—¿Deseos?

El alcalde, y también el superintendente, «el de la papada», alargaron los labios, como chicos golosos, y clavaron en la cara de la maestra sus cuatro ojos brillantes.

La joven bajó la vista, y con una coquetería adorable, respondió casi suspirando la palabra:

—Ninguno.

A las tres autoridades les caía la baba.

—Pues bien—dijo el inspector suspirando,—escribamos: «Ninguno».

Y cuando estuvo fuera con su acompañamiento, prorrumpió en exclamaciones de admiración:

—¡Oh! ¡Qué apetitoso bocadito de maestra! ¡Qué delicia de muchacha!

Se dejó llevar de su entusiasmo hasta felicitar por aquel tesoro al alcalde, dándole palmaditas en la espalda, en tanto que éste procuraba dar á su fisonomía una expresión de complacencia discreta que pretendía al mismo tiempo esconder y dar que sospechar «alguna cosa». Así terminó aquella visita de inspección tan esperada.

Emilio no logró, hasta varias horas después, satisfacer, gracias al secretario, la curiosidad que lo mortificaba. ¿Qué significaba aquel rubor del muchachote de la escuela y el sobresalto de la maestrita, que el inspector también había observado? En eso debía de haber algún misterio. ¡Vaya si lo había! Aunque en realidad no era misterio. Aquel holgazanote estaba enamorado como un borrico y celoso en tales términos, que la emprendía á patadas con sus compañeros grandecillos cuando la maestra los elogiaba. Habíalo dado á conocer al principio dedicándose á robar frutas y legumbres para regalárselas á la maestrita; pero ella lo había rehusado todo. Después, una tarde, cuando ya anoecía, habiéndola encontrado en un sendero, fingiendo estar desesperado y pedirle perdón por sus robos, le había comido á besos el delantal. Habíanle expulsado de la escuela; pero luego se le había admitido de nuevo. Hacía ya tiempo que permanecía quieto; pero enamorado siempre y tratando con gran empeño de hallar el modo de volver á la gracia de la maestra. Su mayor tormento era cierto maestro de Azzorno, joven mu guapo, que iba de vez en cuando á rondar por aquellos sitios y que en algunas ocasiones acompañaba á la señorita Vetti. El zagalón andaba diciendo que deseaba hacer al maestro un agujero en la barriga.—Y sería capaz de hacerlo, dijo el secretario al concluir, si no le tuviese miedo. Es un enamorado que repugna. La maestrita finge no advertirlo. Únicamente procura no tenerle cerca cuando va á corregir á los bancos: se comprende. Prescindiendo de estas majaderías, dicen que ese mico tiene talento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEX

NUEVO PERSONAJE

Dos meses después se verificaron los exámenes, los cuales no dieron gran cosa que pensar á Emilio; por más que el alcalde, que asistió á los verbales, después de haber tenido un altercado con la señora Falbrizio, mostrara también con él un poco de malhumor, acaso porque le parecía que el maestro trataba algo demasiado á su enemiga. Principiaron, pues, las suspiradas vacaciones. La situación de la caja no permitió aquel año al maestro hacer su acostumbrado viaje para visitar á su hermana y á sus hermanos; pero tuvo una compensación al ver que la colonia veraniega no era numerosa, y sí poco unida y menos aficionada á fiestas que la del llano, donde como la naturaleza ofrece diversiones y el calor prolonga el alejamiento de la ciudad, es necesario buscar distracciones en el alboroto de la compañía. Aún así, aquellos pocos expedicionarios le causaban enojo, porque al verlos sentía abrirse las heridas, ya cicatrizadas, de su orgullo, y cuando desde lejos columbraba, por el camino del pueblo, los colores brillantes de un traje de señora, torcía por una callejuela cualquiera como si viese aparecer á un antiguo ofensor, pero no sin cierto sentimiento, pues le duraba siempre aquel deseo casi instintivo de elevarse y de hacerse estimar en una clase superior á la suya. Un acontecimiento imprevisto vino á llevarlo, casi por fuerza, en medio de la gente de la que con tanto empeño huía.

Hallábase Emilio en su habitación una mañana leyendo un resumen de las «Conferencias pedagógicas»

de un inspector; conferencias que el señor Calvi le había prestado, cuando llamó á la puerta y se le presentó, con la mayor cortesía, un caballero como de unos cincuenta años, de semblante inteligente y fino, y á quien le pareció haber visto ya en otras ocasiones.

—¿El maestro señor Ratti?—preguntó con cierta cordialidad juvenil, en que no había ni sombra de afectación.—¿Usted no me conoce?

El maestro no le reconocía, efectivamente. Era, sin embargo, un concejal del Municipio que había estado dos veces en Altarana durante el invierno anterior, cada vez por veinticuatro horas. Dijole con agradable desenfado el por qué de su visita.

—He venido aquí á pasar el verano; oigo decir: hay un maestro joven; digo: visitemos al maestro joven; hablaremos de cosas de escuelas, y aquí me tiene usted. No haga caso del procedimiento algo extravagante. Soy así. Tengo la iniciativa brusca. Me siento sin ceremonia.

Emilio se quedó un poco asombrado, tanto de la afabilidad de aquel caballero, cuanto de su manera de presentarse; de pronto echó de ver cierta disonancia que había en aquel rostro entre la bondad que expresaban sus ojos y la ira que demostraban sus labios. Tenía la apariencia de un hombre que abrigase, por su natural, sentimientos nobles, y expresara, por costumbre, perversidades: bueno de corazón, escéptico de juicio, como hay tantos otros. De todas maneras, el maestro comprendió desde luego que estaba en presencia de una persona muy superior en educación y en inteligencia á todas aquellas con quienes estaba obligado á vivir. Manifestóle, pues, su agradecimiento y le preguntó de qué modo y en qué podía servirle.

—Charlando—respondió con amabilidad el caballero.—No puede pedirse á un hombre mejor servicio en estas soledades. También soy yo medio maestro, por el entusiasmo con que me dedico á los problemas de la enseñanza elemental. Una de las muchas razones que tengo para deplorar el no ser padre, es ésta de no poder estudiar la escuela en mis hijos, que es el mejor, acaso el único medio de estudiarla, para el que

no ejerce el magisterio. Y continuó diciendo que hacía ya algún tiempo se sentía inclinado á tomar un muchachillo del campo, de buena voluntad y de talento, y hacerlo estudiar para seguir, paso á paso, la transformación moral é intelectual que operarían en él la instrucción y la educación civil, y el cambio progresivo, por decirlo así, del horizonte de la vida.

Hízole notar Emilio Ratti que ese estudio podría decirle poco, no habiendo sino cuatro años de enseñanza.

—Cuatro años son ahora un cuarto de siglo—respondió el concejal; y prosiguió sonriéndose:—Si en Italia se hubiesen dedicado durante cuatro años á un estudio todos esos que dicen, y además imprimen, que han «consagrado toda la vida», ó «gastado lo mejor de su juventud», ó «sacrificado su salud», seríamos la nación más sabia del mundo.

Después le preguntó, sin tomar aliento:

—Y usted, ¿cómo vive aquí? ¿Con quién habla? ¿Qué medio ha encontrado para matar el fastidio?

Y esperando la contestación, encendió un cigarrillo.

Seducido por aquella familiaridad, el maestro le dijo francamente que la única persona que le había parecido un poco culta, era el cura; el cual le había recibido de aquel modo extraño y con aquella brusca profesión de fe. Le manifestó su duda. No le había parecido un creyente ardoroso y sincero; hábiale producido, no obstante, la impresión de un hombre profundamente convencido de las ideas que relativamente á la escuela había expuesto.

—¡Ah! ¡El señor Barca!—exclamó el concejal.—Tiene usted excelente olfato, maestro. Ese no cree ni en Dios ni en el diablo. Pero... ¿ve usted? Pertenece á una categoría especial de curas honrados, los cuales no creen en nada, pero están honradamente convencidos de que la falta de creencias conduce el mundo á la disolución. No tienen fe; pero creen en la necesidad de la institución religiosa, á la cual no ven que el liberalismo incrédulo haya encontrado todavía sustitución, y sostienen sinceramente que es obligación de hombres buenos, y de patriotas, defenderla y hacerla prevalecer para bien de todos. De éstos hay á milla-

res. Pero ¡bah! si hasta en el campo de los liberales, ¿quién podría contar los incrédulos que por la razón misma recomiendan la educación religiosa y confían sus hijos á los sacerdotes, ocultándolo si pueden? Pero los sacerdotes, á lo menos, tienen una idea firme y clara en lo que respecta á la educación. Dicen: «La religión que nosotros queremos es ésta.» Los incomprensibles son los educadores laicos, escritores, tratadistas de pedagogía, y otros embaucadores que—cariando de conciencia y de valor para afirmar rotundamente como los curas—predican el «sentimiento religioso, la religión, la fe» y no sé qué más, sin otra cosa. ¿Pero qué fe? ¿La de San Francisco de Asís, ó la de José Mazzini? ¿O la vuestra? ¿Y cuál es la vuestra? ¡Como si con los niños y con el pueblo, en materia de religión, se pudiese obtener resultados imaginando poesía vana, sin afirmaciones precisas, sin dogma, en una palabra! La «fe», así, como si se dijese: un poco de aire saludable. ¡Ah, embusteros!

Levantóse al decir esto, y lanzando al aire bocanadas de humo, se aproximó al estante y se puso á mirar los libros, como si estuviese en su casa. Ofreció que prestaría algunos al maestro. Podría darle, entre otras cosas, una colección de periódicos profesionales que le había legado un hermano suyo, maestro, muerto hacía un año; colección en la cual hallaría el maestro cosas muy útiles, y hasta entretenidas. Después le preguntó:

—A propósito: ¿ha venido ya la maestría nueva?

El joven contestó que no, y que no llegaría hasta últimos de Septiembre; y, para animar la conversación, le reveló el secreto de los retratos, que había arrancado á su compañero de mesa.

El concejal lo sabía. No había querido, sin embargo, mezclarse en aquel asunto. En su concepto, los concursos eran una cosa ridícula, cuando no eran una bribonada. Una veintena de infelices maestros ó maestras, engañados por el cimbel de un anuncio de concurso, gastaban cinco ó seis pesetas en correo, en papel sellado para enviar al Ayuntamiento títulos, certificaciones de buena conducta, de buena salud, y quizá hasta el retrato; y sucedía después muy frecuentemen-

te que el nombrado lo estaba ya desde el principio, un amigo del alcalde, un recomendado del provisor, un protegido del inspector de instrucción pública, ó un deudo del diputado por el distrito.

—Ahora—prosiguió,—piden también las fotografías de las maestras. Tanto valdría que publicasen en la cuarta plana de los periódicos: «Se desea una muchacha bonita, de estas y las otras condiciones, para servicio del Ayuntamiento.»

—¿No ve usted cómo van, de año en año, elevando las exigencias? Ya hay pueblecillo que quiere el maestro soltero y sin familia, y que no pase de treinta años, y dicen que darán la preferencia al que haya cursado un año en el Instituto, ó conozca el francés, ó el alemán, ó el dibujo de adorno, ó posea una asignatura de ciencias físicas ó químicas. El año pasado un Municipio quería un maestro que supiese tocar el piano y tuviese buena voz. No sé si agregaría, como circunstancia «sine qua non», que hubiese cantado en el teatro de la Scala. ¡Todo esto por setecientas pesetas al año! Seamos justos: es querer las cosas de balde. Ahora veremos á esa «hermosura». ¿Cuántos años tiene?

Emilio se lo dijo:

—Veinticinco.

—Fijese usted bien—siguió diciendo el concejal.—Usted se habrá formado ya una idea, ó no tardará en formársela. ¿No ha tenido usted todavía ningún choque? Le deseo de todo corazón que nunca lo tenga. Pero sabrá que la Administración está en manos de un hato de marmitones y de carreteros. Ya habrá usted visto aquellas caras. Sin embargo, parecen casi hombres como los demás, cuando las cosas van á su gusto. Pero pruebe usted á raspar un poco la piel de cualquiera de ellos. ¡Querido maestro, usted es joven; no puede conocer el mundo viejo, ni el nuevo! Habrá usted oído hablar de la aristocracia ya enmohecida, de los semidioses terrestres que trataban á los hombres como seres de una raza inferior. Pues aquello era exquisito si lo comparamos con la soberbia de los vaqueros encumbrados. Aquéllos, al menos, despreciaban solamente á la gente de abajo. Estos, en

cambio, escupen abajo, arriba, alrededor, y son invariablemente orgullosos, dominantes y mal criados con todas las clases sociales.

Pero aquí se interrumpió de pronto, como si estuviese arrepentido de haber endilgado aquella catilinaria en la primera conversación, y recobró su tono alegre para rogar á Emilio que le visitase, en su casa, un «hotelito» amarillo, emplazado en lo alto del pueblo, hacia el lado de las «Casas rojas», donde no encontraría más que á su mujer, y tomarían juntos el café, y le volvió á la boca las palabras de agradecimiento, poniéndose el dedo bajo la nariz, con un gesto amistoso para imponerle silencio.

—¡Envíe usted á recoger la colección de periódicos profesionales!—le gritó desde la escalera.

LOS HUMILLADOS DEL LUGAR

La cordialidad natural de aquel caballero y la simpatía que había manifestado sentir hacia los maestros, no parecieron á Emilio motivos bastantes para explicar la espontaneidad de la visita y la cortesía de la invitación. Estuvo, por consiguiente, un buen rato pensando qué otras razones podrían existir para eso. Pero no halló ninguna satisfactoria, ni podía hallarla. Habría necesitado, para encontrarla, conocer una clase particular de hombres—clase á la que pertenecía su nuevo amigo—y que podría ser denominada la de «Los humillados del lugar». Era éste un abogado, natural de aquel pueblo, muy rico, que residía en Turín, donde hacía bastantes años que no abogaba, dedicándose á estudios libres de Derecho, en los que se había creado un nombre con la publicación de varias obras, que los periódicos científicos habían maltratado ferozmente, pero sin que consiguieran matarlas. Aficionado, como era, al estudio intelectual solitario, había ido—terminado el ejercicio legal, para trabajar más tranquilo—á pasar cada año seis meses en el pueblo, donde sus paisanos le habían llevado, casi por fuerza, primeramente al Ayuntamiento y después á la alcaldía. Allí había sostenido luchas terribles contra el partido, como él lo llamaba, de la demagogia montaraz, el cual partido demagógico había logrado, por fin, derribarlo, sin gran sentimiento suyo, porque se había ya cansado del oficio mucho antes de dejarlo, y cansado

también del pueblo antes que del oficio. Pero al abandonar el cargo, no consiguió abandonar simultáneamente las pasioncillas de campanario que la lucha había levantado en él. Los rencores causados por las ofensas, el sentimiento de su superioridad intelectual, desconocida ó despreciada por personas incultas y villanas, habíanle, por decirlo así, fermentado en el corazón, y le habían formado un fondo duradero de acrimonia, que él procuraba, por todos los medios posibles, ocultar, sin lograrlo, ya con un silencio que le abrasaba, ya con burlas, que le denunciaban más claramente que las invectivas. En los nueve meses que pasaba en Turín, entre los quehaceres y los estudios, con el comercio de ideas de una sociedad alta, donde su ingenio y su ciencia le proporcionaban vivas satisfacciones de amor propio, olvidaba el pueblo y á sus adversarios, se avergonzaba y se reía, con toda su alma, de los ruines sinsabores que había pasado entre aquellas cuatro casas, en la estación transcurrida, y le parecía que al volver continuaría riéndose como en la ciudad. Pero cuando regresaba, después de algunos días de indiferencia y de desprecio hacia las cosas y hacia los hombres, volviendo á ver aquellas caras, tornando á oír aquellos discursos, y casi solamente respirando aquel aire, tornaba, á pesar suyo, á pensar en las cosas y en los hombres, á recordar todos los incidentes de la guerra que se le había movido, á resentirse de todos los pinchazos de que se había reído, á sentir vivas todas las pasioncillas molestas y vergonzosas que consideraba muertas. Irresistiblemente, poco á poco, empequeñeció de inteligencia y de corazón—aún teniendo de este fenómeno conciencia clara y perfectísima—á la medida de la gente y de las pasiones que lo rodeaban. Y ya no conseguía nada, al cabo de una semana, con vivir solo; obscureciábase sus estudios ó su inteligencia, su orgullo estallaba; le era menester mezclarse con la gente para discutir sus pequeñeces, para pinchar y ser pinchado, para humillar y ser humillado, para roerse el alma de despecho al ver cómo la superioridad de su talento y de su cultura se estrellaba tan miserablemente contra la co-
raza diamantina de la vanidosa y tosca ignorancia, sin

valerle ni admiración, ni respeto, ni simpatía. La rabia le hacía á veces desatarse en malas razones, de las cuales se arrepentía después y se acusaba entre los suyos; hacíale cometer groserías de persona mal educada y llevar á cabo niñerías, de las que después se avergonzaba. Su amor propio llegaba á tal grado de sobreexcitación, que la más insignificante victoria, de hecho ó de palabra, la menor aspereza, la más ligera sonrisa ó muestra de indiferencia de aquellas gentes rústicas, le tenían nervioso una semana. De todas estas cosas se resentía, en aquellos tres meses de veranear, su manera de discurrir, que se inclinaba á un pesimismo, si no completamente negro, gris obscuro, aún en aquellas cosas con respecto á las cuales era en Turín menos inclinado á pensar mal; y hasta en sus mejores momentos solía dejarse arrastrar á cierta censura burlona, no solamente para desahogar su ánimo, sino también por una costumbre perezosa de la mente, de mirar todas las cosas por un solo lado; costumbre que sólo allí adquiría, como si fuese el influjo acumulado de los torpes cerebros entre los cuales había relegado el suyo. Regresando luego á Turín, á la terminación del estío, saturado de bilioso desprecio hacia los rurales, divertía durante un mes, á la sociedad, con toda clase de anécdotas, de chascarrillos, de epigramas, á costa de los de Altarana, excitándose él con la alegría de hallarse en su elemento y jurando no dejarse ver por aquellas tierras al año siguiente. Pero arrepentíase de su juramento cuando, algunos meses después, cualquiera de esas humillaciones que en la vida de las grandes poblaciones son inevitables para quien tiene ambición y quiere brillar, venía á recordarle, embelleciéndolo en su espíritu, el aspecto de aquel rinconcito agreste en el que, si hubiese querido, habría logrado vivir solitario y tranquilo. Era, en una palabra, uno de tantos burgueses de hoy día, vacilante en sus principios, antes dirigido por su bondad que por su conciencia, que alternativamente aceptan las iras y las aspiraciones demagógicas cuando se sienten molestados ú ofendidos por los hombres de su misma clase, ó recuperan el orgullo y las ideas aristocráticas cuando se rozan contra la

ruda corteza del pueblo, desahogándose en ambas partes, juntamente con los otros despechados; aunque sin estar nunca muy seguros de perseverar por mucho tiempo en las mismas opiniones. De este modo estaba organizado, por desgracia suya, el abogado Samis, adornado en todo lo demás de cualidades muy estimables; su conversación no era casi nunca otra cosa que una serie de párrafos de maledicencia y de crítica; fuera de lo cual, parecía como si no hallase manera ni forma de expresarse, ni aún para demostrar la más franca de sus alegrías.

Emilio frecuentó su casa. Experimentó una satisfacción dulce la primera vez que se vió en aquel saloncito elegante adornado con acuarelas y con libros raros, en presencia de una señora entrada ya en años y de aspecto muy agradable, que sabía escoger con exquisita gracia asuntos en los que adivinaba que el maestro tendría materia y modo para hablar bien, preguntándole muy frecuentemente acerca de la índole y de las costumbres de los niños, con aquella curiosidad cariñosa, nunca nublada con la sombra de los desengaños, que sienten por la infancia las señoras que no tienen hijos; tanto en la conversación de esta señora como en la de su marido, cuidábase Emilio de aprender todos los días alguna de esas infinitas cosas que no penetran en nuestra mente sino por conducto del oído, como los sonidos de palabras inesperadas. Las pocas personas de la colonia veraniega que el maestro encontraba allí, se conducían con él lo mismo que los amos de la casa, y también á ellos agradecía el joven muy sinceramente el modo de pronunciar la palabra «maestro» concisamente y con seriedad, como habría podido decir «teniente», con una entonación indefinible, que aún cuando pudiera ser afectada por cortesía y no espontánea, lisonjeaba el sentimiento de su dignidad. También éstos mostraban experimentar placer verdadero oyendo las sátiras del abogado, tanto más cuanto con más exaltación lanzaba paradojas; y muy á menudo le sacaban de sus casillas por el gusto de oírle; pero á Emilio le parecía que siempre expresaba verdades incontestables, á las que asentía de todo corazón. Agradóle, sobre todo, cierta noche en que uno

de los amigos le presentó un número de la «Gaceta Piamontesa», en el que se hablaba de un banquete celebrado en el próximo pueblo de Azzorno, en honor del diputado del distrito, y se decía que, á la terminación, una niña de las escuelas, colocada de pie en la mesa, había recitado una poesía larguísima, escrita en loor del diputado por uno de los más influyentes electores. El abogado sonrió con cierta sorna, la cual era siempre el preludio de alguna sátira. Efectivamente, se desató contra la costumbre establecida de servirse de los niños para halagar la vanidad de los personajes con recitación de poesías ó de prosas escritas adrede. Era una cosa que le repugnaba. «A los alcaldes, á los ministros, á los diputados, á los Principes, decía, á todos aquellos de quienes se espera ó se solicita algo, se les lame ahora los zapatos con la lengua de los niños, según la moda última. Lo cual, en vez de ser una porquería, son dos juntas, porque obligan á llevarla á cabo á inocentes que no comprenden el significado de lo que dicen ni las segundas intenciones de los que se lo hacen decir. ¡Por Dios, tengan ustedes al menos el más fácil de todos los valores, que es el valor de la lisonja! ¡Qué bajeza ser los mandatarios de la adulación! ¡Y coger los cómplices de esa bajeza en los bancos de las escuelas infantiles y de las clases elementales, en que se pretende educar los caracteres para ser dignos! No comprendo cómo esos personajes que se oyen dar en sus mismas barbas los títulos de ilustres y de grandes por la boca de un niño adiestrado «ad hoc», lo mismo que se amaestran los monos para servir los dulces en una bandeja, pueden permanecer oyéndolos con la cabeza alta y no les tapan la boca ruborizándose como hacen las madres con el rapazuelo de seis años cuando repite alguna obscenidad que oyó á una prostituta en la calle. Eso es la prostitución de la infancia, el envilecimiento de la escuela. Si fuera yo ministro de Instrucción pública, lo prohibiría como se prohíbe al comercio de estampas indecentes.»

Discutía en otra ocasión con uno de la colonia veraniega, el cual, en són de burla, echaba en cara al Conejo y á él mismo, con los otros, que el cura había

comenzado de nuevo á disponer la fiesta de la Patrona del pueblo con disparos de tracas ó petardos, á pesar de que en el año anterior habían ocurrido algunas desgracias. — Son ustedes, dijo el amigo, un montón de liberalotes que tiene la sartén por el mango y se dejan poner la ley por el reverendo. — ¿Y por qué no? le preguntó el abogado algo resentido. Ustedes, los volterianos de las ciudades grandes, que no conociendo los pueblos no conocen al cura, creen, porque se escapan á su influencia en medio de trescientos mil ciudadanos, que nosotros podemos evitarlo también en medio de un rebaño de lugareños. No comprenden ustedes que aquí el sacerdote, operando en un campo reducido, actúa sobre todos y es poderoso de todas maneras; si es malo, porque puede hacer daño á todos; si es bueno, porque á todos puede hacer bien; y en las ciudades no ven ustedes ni lo malo ni lo bueno de sus acciones. Después, porque hay en las ciudades dos terceras partes de indiferentes en materias religiosas, toman ustedes los dos tercios de veinte millones, y piensan tener la cuenta de todo el país. ¡Qué despropósito! Como cuando dicen ustedes: «Tal hecho ó cual libro dará un gran golpe á la superstición...» ¡como si fuera cosa fácil desarraigar ideas que han llegado á la conciencia humana á través de diez y ocho siglos de creencias y de pasiones! Creen ustedes hallarse á la cabeza de un ejército de jinetes porque mirando en rededor suyo sólo gente de á caballo alcanzan á ver; pero esa gente no es más que la vanguardia, amigos míos: el ejército se compone de infantes y de bagajes. Galopen ustedes, no obstante, ciudadanos; el pueblecillo, la aldea, que es el país, llegará cuando pueda... Pero entre tanto protege á frailes y monjas de las Ordenes suprimidas, conserva las fiestas abolidas, viola el calendario escolar, obliga á los maestros á oír misa, deja mangonear y dominar á los curas en las escuelas, se burla de la ley; en el matrimonio religioso, en los sepelios, en las herencias, en la administración, en todo lo que le conviene ó le agrada. ¡Si ustedes supiesen el efecto que producen aquí algunas de sus frases: «El pueblo siente... el pueblo cree... el pueblo quiere!» Lo más extraño es

que aún los mismos que, cuando jóvenes, ó durante una gran parte de su vida, conocieron el Municipio, ó el verdadero pueblo, cuando hablan de esto se olvidan de lo que antes vieron, ó bien imaginan, ¡ilusión engañosa! que todo se ha transformado en diez años; ó se figuran que ellos mismos, con el solo hecho de abandonar la aldea, han variado todas las cosas, como soles que, saliéndose de sus órbitas, arrastrasen en pos de sí todo el sistema planetario.»

Pero eran muy especialmente amenos y entretenidos sus discursos cuando cogía por su banda á los personajes del pueblo. Entonces nadie le interrumpía y á todos pasaba revista. Afirmaba, por ejemplo, que él conocía la borrachera del alcalde, por la costumbre que el tal tenía, cuando estaba borracho perdido, de pararse á una distancia de cinco ó seis pasos de las personas, y hablar así con ellas como un parlamentario suspicaz, para que no oliesen el vaho de la cantina. Las tentaciones amorosas brotaban siempre de su estómago repleto. Había estado mucho tiempo enfadado con la maestra señora Pezza, porque un día, después de una comida alegre, acometido del antojo de visitar las escuelas de niñas, como penetrarse de improviso en la clase, con su gorro, sus zapatillas y su pipa, habíase lanzado sobre él, ladrando de una manera horrible, el perrillo de la maestra, y todas las muchachas habían soltado tal carcajada, que le había obligado á retirarse, aturdido y confuso. Habíase vengado mucho tiempo después con una negativa oficial á la señorita, que solicitaba leña para caldear la escuela, y aduciendo para fundar la negativa, entre otras varias, la siguiente razón: «Tanto más, cuanto que durante el verano próximo pasado la maestra no ha servido bien al Municipio, por lo cual algunas discípulas no han aprendido á hacer bien las camisas.» Tampoco era mal tipo el asesor licorista, orgulloso con su parecido á Víctor Manuel y apasionado por las iluminaciones; este asesor, dos años antes, en el día de la fiesta nacional, había escrito de su puño y letra en una «oriflama» tricolor: «¡Viva el estatuto!» y en una carta violentísima dirigida á él (á Samis), había firmado, en la agitación de su ira, en vez de José,

«Gosé».—Me hace reír, prosiguió diciendo el abogado, el periódico «Correo de los Alpes», que la emprende contra los maestros elementales porque ha conocido uno que escribía «falzo», en lugar de falso. Pero á tal pueblo, cual escuela. ¿Quieren que florezcan rosas en los arenales? Es muy natural que haya maestros «falzos» desde que hay asesores «Gosés».—¡Pobre asesor! Cuando estuvo ejerciendo funciones de alcalde, había vivido preocupado durante una semana porque en un articulejo de «El Pueblo» habían dicho que el municipio de Altarana era un Municipio «acéfalo»; una palabra misteriosa, que como él no poseía Diccionarios y no se atrevía á preguntar á nadie qué significaba «acéfalo», parecíale que debía de envolver alguna injuria atroz, de esas que solamente se lavan con sangre.—Pues ¿y el superintendente, con aquella bala de cañón en el pescuezo? Es un precioso original del hablador ignorante que sale de cualquier mal paso tosiendo. Cuando se le pide un informe delicado ó se le propone un problema difícil, se concentra, y después abre la boca; creen ustedes que es para dar salida á una noticia interesante ó á una sentencia profunda; pues, no, señor; es para escupir. ¡Pero es un gran polemista!—Recordaba el abogado que se había originado, hacía ya algún tiempo, una polémica de lo siguiente: que en el periódico acusaron á la Junta de haber presentado al Municipio una cuenta de diez y ocho litros de «vermout», diciendo que habían sido distribuidos á la banda municipal y á los predicadores en el día de la fiesta del pueblo, cuando se sabía que en esos diez y ocho estaban comprendidos los que de cuando en cuando bebían los asesores en el banco de sus colegas. Pues bien; á la pública calumnia había replicado el superintendente, mejor dicho, había hecho replicar al maestro, señor Calvi, nada menos que con un artículo de una columna larguísima del mismo periódico, artículo en cuya terminación había puesto él, de su puño y letra y sacado de su propia cabeza, á modo de golpe de gracia, dos solas palabras en latín, que nadie sabía cómo flotaban en su mollera: «Intelligenti pauca.»

LA MAESTRA NUEVA

Este agradable amigo partió del pueblo, con toda la colonia veraniega, á mediados de Septiembre, y tornó el maestro de mala gana á su vida solitaria y monótona. Duró poco. Una noche de los días últimos del mes, después de una comida algo más que parca, estaba Emilio de sobremesa con el secretario escuchando el ruido de la lluvia, cuando oyeron el rodar de un carruaje que se paró delante de la puerta de su casa, y un momento después entró la doméstica muy apresuradamente á decir que había llegado la maestra nueva, que debía ocupar la habitacioncita de la señora Pezza, en el piso primero. El secretario corrió á verla. Emilio no juzgó delicado manifestar la curiosidad que, sin embargo, lo punzaba. Pasados algunos minutos, reapareció el secretario. No demostraba gran entusiasmo.

—¿Qué hay?—le preguntó el joven.—¿Y aquella hermosísima boca?

—Me la había figurado mejor—respondió volviendo á sentarse.

Continuó diciendo que era una chica muy simpática, más baja que alta, de no mal aspecto, pero nada más: llevaba con ella á su padre, un viejecillo medio paralítico que se fatigaba mucho subiendo las escaleras, aún apoyándose en su hija.

—¡Pobre hombre!—dijo con acento compasivo;—me parece que tiene trazas de haber sido antiguamente secretario de Ayuntamiento. Nosotros acabamos siempre de esa manera.

No bien se hubo levantado al día siguiente el maes-

tro, corrió á la ventana del patio y miró por la abertura de las vidrieras hacia la entrada del terradillo. Allí estaba la maestra colgando ropa en una cuerda tendida á lo largo de la pared. Escapósele de pronto una exclamación:

—¡Si parece la mujer del médico!

Estaba lo menos á ocho pasos de distancia de ella; podía observarla bien, detrás de los cristales, sin ser visto. La maestra se presentaba de perfil. La encontró un poco pequeña; pero tenía hermosos cabellos castaños, resplandecientes y sedosos. No era bonita, pero sí muy blanca; tenía las manos pequeñísimas y un talle que, cuando la joven levantaba sus brazos, se prolongaba con la vivacidad de un busto infantil, mostrando la plenitud de un seno bien desarrollado. Su parecido con la mujer del médico era, en efecto, singular; pero la muchacha tenía facciones más finas. Inclínose para recoger un pañuelo, se asomó para mirar al patio; en todos sus movimientos había juntamente gracia y compostura; su semblante era serio y expresaba como una habitual tristeza; pero bajo aquellos ojos, un poco tristes, bajo aquella nariz, acaso excesivamente afilada, como la de una convaleciente, aparecía una boca tan pequeña, tan linda, tan dulce, tan bondadosa, que la atención del joven quedó fija allí, como si allí hubiese una tercera mirada que decía mucho más y revelaba con más franqueza el pensamiento de la muchacha que las dos de la frente.

La aparición de la maestra nueva no produjo en Altarana gran efecto. Sus manos diminutas y delicadas no eran de las que llaman la atención en un pueblo. Pero todos echaron de ver el parecido de la joven con la mujer del médico; ésta, sin embargo, tenía más animación, era más alegre, de mejor color y poseía unos ojos con los que ningunos otros podían compararse. Desagradó su modo de vestir poco cuidadoso, casi desaliñado; no honraba al pueblo. También desagradó la noticia de que, fuera de su retribución, no tenía un céntimo, y que sostenía á su padre, aquel viejo medio moribundo.—Ambos juntos, decían, tienen todo el aire de la familia de los «Menesterosos». El padre salió solamente una vez en la primera semana,

apoyándose con la una mano en su bastón, y en el brazo de su hija con la otra; con la cabeza trémula y á paso de tortuga, y todo el que los vió, habló de ellos casi con disgusto, como de un espectáculo que entristece. La mujer del maestro señor Calvi dió forma, en una sola palabra, al sentimiento común. Habiendo preguntado á una amiga suya, delante del café, si había visto ya á la «probe»—quiso decir la pobre,—este calificativo fué repetido por varios y quedó, en cierto círculo de conocidos, como apodo de la maestra nueva. El alcalde, á juzgar por su cara, parecía no estar nada satisfecho.

Abriéronse las escuelas. El maestro advirtió que con el comienzo de las lecciones tomaba su vecina más brios, que iba perdiendo, de un día para otro, aquella ligera nota de tristeza que se echaba de ver en ella al principio. No bien se despertaba Emilio, ya oía los pasos de la vecina en el terradillo. En su casa tenía que hacerlo todo ella. Muy á menudo, antes de la hora de clase, ya había vuelto de la compra. Por las noches se veía luz en su cuarto hasta muy tarde. Ratti comenzó á cruzar alguna palabra con la joven desde su ventana. Tenía la maestra la voz un poquito velada; hablaba italiano recalcando tal vez demasiado las sílabas, como si explicase á sus discípulas el significado de las palabras, prolongaba la *e*, pronunciaba la primera *n* de las *enes* dobles como los de Turín, con un sonido algo ronco y nasal que desagradaba; pero los movimientos de la boca modificaban el efecto desagradable de los sonidos. Poseía, en efecto, una boca preciosa, que al hablar parecía como si besase el aire á cada palabra, y ofrecía al ánimo la imagen de una flor que continuamente se abriese al contacto de un rayo de sol, se cerrara al soplo del frío y temblase bajo el aguijón de una abeja. El maestro perdía alguna vez, oyéndola, el hilo de la conversación por pensar únicamente en ver de qué modo salía de su boca, y experimentaba un placer, siempre nuevo, como si aquellos labios tuviesen una caricia particular para cada palabra. Pero las simpatías nacieron muy pronto de un manantial todavía más íntimo: el de un sentimiento, que en uno y otro era

vivísimo. Expresaba la maestra á su vecino todos los días, al paso, ciertas observaciones, ya tristes, ya alegres, que estaba haciendo sobre el carácter de las alumnas. Cierta noche en que parecía algo preocupada, mientras cepillaba un vestido, le dijo que lo que principalmente la entristecía, al principio de un año escolar, era la primera «picardía» de las muchachas; el primer acto que una de ellas cometía, en que se revelaba un espíritu avieso, y como un enemigo, contra el que debía estar apercebida para pelear todo el año.

—Fuera de esto—dijo,—con tener siete ú ocho buenas, me basta. Un rasgo bondadoso de una discípula me compensa de las travesuras de doce. Me gustan los niños. Hemos experimentado desgracias de familia; todos hemos tenido ocasión de poner el mundo á prueba, lo cual equivale á perder muchos sentimientos buenos; además, es sabido que con sólo vivir se pierde uno cada día; pues bien, el único, el solo que he conservado siempre, aparte del cariño á mi pobre padre, el que siento que no amenguará nunca, es el cariño á la infancia; y si algunos otros vuelven á mi espíritu, vuelven siempre por conducto de éste. Así, cuanto más conocimiento adquiero de las gentes, cuanto con mayor frecuencia hallo madres egoístas, padres bárbaros, familias malas ó escandalosas, tanto más crece en mí el amor á los niños, pensando en qué manos están la mayor parte, qué cosas padecen y qué otras habrán de padecer aún, y cuántos entre ellos llegarán á ser malos y serán infelices sin culpa suya. Vea usted: es un cariño éste que se sobrepone á cualquier desengaño, y hasta á cualquier acción, por iniqua que sea, que sus padres hagan conmigo; en fin, es un instinto, como el del apego á la existencia. Los niños para mí son ¿cómo diré? la gracia, la poesía del mundo; hasta tal punto, que si ellos desaparecieran, si los hombres—para decir una extravagancia—naciesen, desde ahora en adelante, hombres ya hechos, me parece que en muy pocos años se convertirían en bestias feroces y se destrozarian unos á otros. He sentido algunas cosas desde muchacha. Por ejemplo, la idea de la división de la sociedad en pobres y ricos sólo me apena cuando pienso en la infancia. No

aborrezco á mis semejantes sino cuando pienso que por culpa de millones de grandes van desnudos y padecen hambre millones de pequeños. La forma más repugnante de la maldad es para mí la que se manifiesta en perjuicio de los niños. Por esta razón me parece que los monstruos más horribles de la tierra son las madres sin entrañas. Vi en cierta ocasión á una mujer embriagada caer al suelo con su niño en brazos; el niño se hirió en la cabeza. ¿Puede usted creer esto? Este recuerdo es un tormento de mi vida. Siempre que me lo represento, me arranca una maldición.

Pareció á Emilio que estaba oyendo exactamente lo que en el fondo de su alma pensaba, reproducido con tal fidelidad, que se quedó maravillado, como si la joven repitiera entonces cosas que le hubiera oído decir.

Otra noche le dijo que había ido á ver el Asilo infantil del pueblo y que aún estaba conmovida. La vista de muchos niños reunidos producía en ella el mismo efecto que una música de iglesia; despertaba en su espíritu mil ideas bellas y tristes, que la emocionaban hasta hacerla llorar. En tales momentos pareciale que daría gustosa su sangre para asegurar la felicidad de todas aquellas criaturas.—Después, continuó diciendo, acompaño á todos hasta sus casas con la imaginación, y entonces siento por ellos una lástima que me sofoca, pensando que les esperan viviendas frías, camitas sin abrigo, alimentos escasos y malos, padres de mal humor ó desnaturalizados, que á veces los pegan ó los dejan morir sin llamar al médico. ¡Por qué pegan hasta á los niños de dos años! ¿Comprende usted cómo se pueda pegar á un niño? Ahí ve usted una idea que me enciende la sangre. Pegar á un niño... para mí es como verlo morir. ¡Y pensar que hay quienes los pegan hasta hacerlos enfermar! ¡A los propios hijos!! Cuando pienso en esto, daría yo gritos desesperados. ¡Y esto se ve todos los días y se tolera! ¡Qué ignominia! La caridad humana debería consagrarse por completo á la infancia; para todo el resto de la humanidad, hacer lo que fuese posible, pero ante todo los niños; que no se vayan